

www.elboomeran.com

ANGÉLICA LIDDELL

*Ciclo de las resurrecciones*



**Ediciones La uña RoTa**  
*Colección Libros Robados*

*Ciclo de las resurrecciones: Primera carta de san Pablo a los corintios / You are my destiny (Lo stupro di Lucrezia) / Tandy / La novia del sepulturero. Diario / Salmos*  
© Angélica Liddell, 2015

Primera edición: enero de 2015

Copyright de la ilustración de cubierta:  
© Ramon Sanmiquel, 2015  
[www.ramonsanmiquel.tumblr.com](http://www.ramonsanmiquel.tumblr.com)

© de la presente edición  
La uÑa RoTa  
Apdo. de correos 380, 40080 Segovia  
[ediciones@larota.es](mailto:ediciones@larota.es)  
[www.larota.es](http://www.larota.es)

Diseño y maquetación: Arcadio Mardomingo

Depósito legal: SG-362/2014  
ISBN: 978-84-95291-33-2  
IBIC: FA  
Impreso en España  
Impresión: Villena Artes Gráficas

## ÍNDICE

### PRIMERA CARTA DE SAN PABLO A LOS CORINTIOS

CANTATA BWV 4, CHRIST LAG IN TODESBANDEN

13

### YOU ARE MY DESTINY

LO STUPRO DI LUCREZIA

43

### TANDY

INSPIRADO EN LA NOVELA *WINESBURG, OHIO*,  
DE SHERWOOD ANDERSON

57

### LA NOVIA DEL SEPULTURERO

DIARIO

75

### SALMOS

CANTOS DE AMOR EN LA EMILIA-ROMAGNA

211

*Per te. Solamente i cani lo sanno*

*«Te loquor absentem.*

Ausente, te hablo.

Eres tú, único, al que mi voz nombra detrás  
de todo lo que designo.

Ninguna noche asciende sin ti.

Ningún día se eleva.

De Hierón de Siracusa decían: no le falta,  
para ser rey,  
más que el reino.»

*Las sombras errantes.* Pascal Quignard

PRIMERA CARTA DE SAN PABLO  
A LOS CORINTIOS

CANTATA BWV 4,  
CHRIST LAG IN TODESBANDEN

*Primera carta de san Pablo a los corintios* se estrenó en el Théâtre de Vidy-Lausanne (Suiza) el 19 de marzo de 2014.

«La fe es como amar a alguien que esta ahí fuera, en las tinieblas, y no aparece por mucho que se le llame.»

Ingmar Bergman

## 1. WINTER LIGHT. CARTA DE MÁRTA A TOMAS

*Nos cuesta hablar el uno con el otro.  
Los dos somos bastante tímidos.  
Y yo suelo refugiarme en el sarcasmo.  
Por eso te escribo.  
Tengo algo importante que decirte.  
¿Recuerdas el verano pasado,  
cuando tuve una erupción en las manos?  
Una tarde estábamos colocando flores en el altar,  
preparando una confirmación.  
¿Recuerdas lo mal que estaba?  
Tenía las manos vendadas y el picor no me dejaba dormir.  
Se me había caído la piel y mis palmas eran dos heridas  
abiertas.  
Estábamos colocando margaritas y acianos,  
y yo estaba muy irritable.*

*Te desafié airadamente,  
preguntándote si creías en el poder de la oración.  
Me contestaste que sí.  
Luego te pregunté si habías rezado por mis manos.*



*Pero ni siquiera se te había ocurrido.  
Te pedí en un tono melodramático que lo hicieras allí mismo.  
Y curiosamente aceptaste.  
Tu obediencia me enfureció y me arranqué las vendas.  
Del resto ya te acuerdas.  
Ver las heridas te afectó.  
No pudiste rezar.  
La situación te disgustó.  
Yo entendí tu reacción más tarde, pero tú nunca me entendiste a mí.  
Entonces ya hacía un tiempo que vivíamos juntos.  
Casi dos años.  
Un pequeño capital en medio de nuestra pobreza emocional,  
nuestras caricias y nuestros torpes intentos para eludir la falta de amor.  
Cuando la erupción me afectó la frente y el cuero cabelludo,  
enseguida vi que me evitabas.  
Me encontrabas repugnante,  
aunque procuraste no herir mis sentimientos.  
Entonces la erupción me afectó a las manos y a los pies.  
Y nuestra relación terminó.  
Para mí fue una sorpresa.  
Tuve que enfrentarme al hecho de que no nos queríamos.  
No había forma de esconderse de ello ni de ignorarlo.  
Tomas...  
Nunca he creído en tu fe.*

*Principalmente porque yo nunca he estado atormentada  
por tribulaciones religiosas.*

*Mi familia no-cristiana se caracterizaba por la calidez y  
la alegría.*

*Dios y Jesús existían como nociones vagas.*

*Tu fe me resultaba oscura y neurótica.*

*Había una cosa en particular que no entendía:  
tu indiferencia hacia Jesucristo.*

*Y ahora voy a hablarte de las oraciones que son  
contestadas.*

*Ríete si quieres.*

*Personalmente no creo que las dos cosas estén conectadas.*

*La vida ya es bastante desordenada sin tener en cuenta  
lo sobrenatural.*

*Cuando te pusiste a rezar por las heridas de mis manos  
las erupciones te dieron asco,  
cosa que tú más tarde negarías.*

*Intenté provocarte de algún modo.*

*«¡Estate quieta!»*

*«Desde que tú no puedes rezar por mí lo hago yo.*

*¿Dios, por qué me has creado eternamente insatisfecha?*

*Tan asustada, tan amarga.*

*¿Por qué debo darme cuenta de lo miserable que soy?*

*¿Por qué debo sufrir tan infernalmente por mi  
insignificancia?*

*Si hay un propósito para tanto sufrimiento, dímelo.*

*Y así podré soportar mi dolor sin queja.*

*Soy fuerte.*

*Me has hecho tan fuerte en cuerpo y alma...*

*Pero nunca me das una tarea digna de mi fuerza.*

*Dale un sentido a mi vida.*

*Y seré tu esclava obediente.»*

*Este otoño me he dado cuenta de que mis súplicas  
habían sido escuchadas.*

*Recé para iluminar mi mente y lo conseguí.*

*Me di cuenta de que te amo.*

*Recé para obtener una misión digna de mi fuerza  
y he recibido una.*

*Esa misión eres tú.*

*Estos son los pensamientos de una niña que escapa  
cuando el teléfono no suena,  
cuando todo está oscuro y solitario.*

*Lo que me falta por completo es la capacidad para  
demostrarte mi amor.*

*No tengo ni idea de cómo hacerlo.*

*Me siento tan miserable.*

*He considerado incluso la idea de rezar un poco más.*

*Pero todavía me queda una pizca de respeto por mí  
misma, a pesar de todo.*

*Mi querido Tomas.*

*Esto ha acabado siendo una carta muy larga,  
pero así queda por escrito lo que nunca me atreví a decir  
cuando estabas en mis brazos.*

*Té amo.*

*Y vivo por ti y en ti.*

*Tómame y úsame.*

*Tras mi falso orgullo y mi fingida independencia  
tengo solamente un deseo:*

*vivir para alguien.  
 Y eso es tan difícil.  
 Cuando pienso en ello...  
 no sé si seré capaz.  
 Quizá todo sea un error.  
 Dime que no estoy equivocada, amor mío.*

*Winter Light, Ingmar Bergman*

## 2. CARTA DE LA REINA DEL CALVARIO AL GRAN AMANTE

Necesito saber que no estoy equivocada.  
 Todo esto no puede estar solamente dentro de mí.

Tal vez estoy intentando salvar aquello que no debe  
 ser salvado,  
 algo torcido que hasta las aves dejarían morir nada  
 más nacer.  
 Es posible que haya sembrado entre espinos.

Me siento como uno de esos perros con enfermedades  
 en la piel.  
 Soy tan insignificante, tan fea,  
 que ni siquiera con un navajazo en la cara podrían  
 ultrajarme,  
 ni siquiera cubriéndome de escupitajos

no se distinguiría mi cara del esputo.  
Para que te hagas una idea,  
soy una pocilga en la que están a punto de prenderle  
fuego a todos los cerdos,  
la colilla de un borracho, el mechero de un idiota, el  
descuido de un retrasado...  
Yo, que deseo arder como las santas, ardo como una  
cerda, a manos de los retrasados.

Esta mañana, desde el autobús,  
veía las cosas bellas de la tierra,  
potros mamando, almendros en flor, lomos de  
hermosos animales,  
y he pensado, ahí está la respuesta.  
Dios no ha creado la belleza para mí.  
Cada vez que me asomo a mirarla me castiga,  
como si le cosieran la boca a un hambriento.

Pero es precisamente el concepto de castigo lo que me  
ayuda a vivir.  
Y merecerlo. Recibir el castigo porque lo merezco.  
Hacer cosas para poder ser castigada,  
como por ejemplo escribirte esta carta.  
Es el castigo lo que le da sentido a la vida  
cada vez que el sentido de la vida desaparece.

Espero que sigas leyendo la carta.  
Escribir es como llorar, y hoy no puedo dejar de llorar.  
Hoy tengo pena suficiente para talar un bosque.

Si pudiera encontrar un lugar donde no hiciera falta  
fingir,  
lloraría, lloraría a todas horas.  
Incluso el cielo me parece un muro.

Si ahora callo, me muero.

«¿Por qué, Dios mío,  
en mi angustia,  
mi temor y mi espanto,  
te has alejado de mí?  
Eras mi alegría  
y te has vuelto cruel conmigo;  
te busco por todas partes,  
te llamo, clamo a ti...  
pero parece que ahora mis ayes  
y mis lamentos te fueran del todo indiferentes.

Arroyos de lágrimas saladas  
fluyen continuamente por mis ojos.  
La tormenta y las olas me azotan,  
y en este angustioso mar  
desfallecen mi espíritu y mi vida,  
el mástil y el ancla se rompen,  
caigo al abismo  
y me veo en las fauces del infierno.»

Es la cantata 21, esa que tanto te gusta,  
esa en la que Jesús dialoga con su propia alma.

Ayer empezaron otra vez los picores horribles en la  
cabeza.

Cogí una cuchilla y me afeité.

Esa acción ha dejado absolutamente claro lo que tú  
significas para mí:

mi cabeza es el mismísimo amor.

Pero mi cabeza no vale nada si la cabeza no eres tú.

Porque la cabeza de la mujer es el hombre.

Y la cabeza del hombre es Dios.

Y a Dios solamente se llega a través de ti.

Y cansada de la realidad insoportable

yo sólo deseo llegar a Dios.

Más que cansada, escupida por la realidad  
insoportable,

y recogida hecha pedazos por lo divino,

es ante lo sagrado donde mi carne, menos que carne,

se siente libre para confesar esta magia en la sangre,  
el amor,

el rapto del pulso y de los alientos,

confesar sin temor a la burla,

más libre ante Dios que ante los hombres,

más cerca de Dios que de los hombres,

porque hay algo mediocre en lo terreno

y maravilloso en lo absoluto,

y es el ansia de absoluto lo que nos hace desgraciados

en los desiertos de la realidad,

porque la realidad atrofia el deseo,

pero lo divino lo exalta.

Mírame.

Yo soy novia y sacerdote al mismo tiempo.  
He oficiado mi propia boda.  
Y al mismo tiempo soy viuda  
sin haber sido segunda ni tercera esposa.  
Y el amor todavía es una tumba sin promesa  
porque todos los días limpio una lápida  
bajo la cual no hay enterrado nada.  
Pero sufro con valentía,  
y es precisamente la debilidad lo que me hace  
indomable.  
Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte.

No he quemado el velo para ser más libre,  
sino para hacerme pública en ti  
como lo último, como condenada a muerte.  
Mi libertad son el hambre y la sed,  
la bofetada y el insulto,  
ser el espectáculo del mundo, de los ángeles y de los  
hombres.  
Mi libertad es ser la basura de la tierra  
y el deshecho de todos  
y caminar errante y fatigada, con las manos sucias,  
cubierta de eccemas, de costras y de llagas.  
Mi libertad consiste en nacer de tus costillas,  
y en construir mi verja con tus costillas  
y haber sido creada para ti  
y estar sometida a ti  
y temer y temblar  
y ser completamente inferior a ti



para que tú seas Todo en Todas las cosas.  
No tengo orgullo.  
He puesto mi orgullo a tus pies.  
Nunca seré digna de recoger la cosecha.  
Y todos se complacerán en humillarme y  
    compadecerme,  
pero no apartaré la mano de las ortigas.  
Tú vénceme, por favor,  
vénceme, pues únicamente deseo ser vencida.

Soy carbón sobre el carbón,  
cenizas sobre las cenizas.  
Siento tanto deleite yaciendo bajo tu poder,  
aplastada, reducida,  
sometida a la violencia de tu inteligencia y de tu  
    hermosura,  
que hasta la hiel me parece dulce cuanto más amarga.  
Castígame con tu superioridad para que aborrezca  
    el pan,  
cuando ingiero comida es como si te traicionara,  
es una falta de respeto a la debilidad que te debo.  
Beberé el escarnio como agua,  
y jamás llevaré a juicio, como Job, mis eccemas ni mis  
    llagas,  
al contrario, a más castigo más alabanza,  
haz caer plagas sobre mí, no hay éxtasis sin espanto,  
aliméntate de las ramas de mi cuerpo y acábame,  
pues la muerte es mi salud.  
Una palabra tuya y mi vida será de los enterradores.

No entiendo a esas mujeres que reclaman sus  
derechos  
por encima del hombre,  
porque yo encuentro dulzura en estar hecha para  
el hombre.

Por ejemplo, esta carta la estás escribiendo tú.

Tú construyes el libro de mi mente.

Por mí misma sería incapaz.

Carezco de talento.

Todo esto es gracias a tu genio, no al mío.

Esa es la diferencia: yo pido milagros,  
tú los haces.

Lo que el ojo no ve y el oído no escucha.

Eso es lo que tiene reservado Dios  
para todos aquellos que lo aman.

No voy a ocultarlo.

He venido a destrozar el orden.

Al padre, a la madre, a los hijos y a los hermanos.

He venido a destruir a tu familia,

pues sólo es amor aquello que niega la sujeción al  
mundo.

Aquello que niega el tiempo, la ley y la prohibición.

¿Recuerdas a san Mateo?

«No penséis que vine a traer paz sobre la tierra.

No vine a traer paz sino guerra.

Porque vine a separar al hombre de su padre,  
a la hija de su madre,

a la nuera de su suegra.

Los enemigos del hombre son los de su propia casa.

El que ama a su padre o a su madre más que a mí no es digno de mí.

Y el que ama a su hijo o a su hija más que a mí no es digno de mí.

El que encuentre su vida la perderá.

Y el que la pierda en mí, la encontrará.»

Yo ya he matado a los míos.

Lo único que me sujetaba a la vida eran mis padres

y los he abandonado justo al final de sus días,

ahora que reclaman mi presencia como vampiros.

Creo que desde que te amo me atrevo a más,

me atrevo a llamar egoísta, mentirosa, retrasada y mala a mi madre,

me atrevo a todo eso sin sentimiento alguno de culpa,

porque tengo tu espíritu, tu espíritu,

y tu espíritu me acompaña en el valle tenebroso,

me atrevo a detestar sin pudor a la gente detestable

porque tengo tu espíritu,

y ya me da igual todo, nada tiene importancia salvo tu espíritu.

No hay servidumbre en la tierra que me retenga.

No hay cosa material que me aconseje prudencia.

Sólo me dedico a ti.

Si viera que un niño se está ahogando en el mar, no lo salvaría.

Si viera llegar el diluvio, no avisaría.

La pasión ha alcanzado el centro del cielo  
y se ha convertido en el trono resplandeciente de  
mi sombra.

Yo soy como la mujer virgen  
que no se preocupa de los asuntos del mundo  
porque sólo se preocupa de las cosas del Señor,  
que eres tú.

¿Cómo te sientes siendo el sustituto de Cristo?  
¿Cómo te sientes con tu doble naturaleza, divina y  
humana?

¿Sabes lo primero que pensé cuando te vi?  
Pensé que todo en ti irradiaba la pasión de los  
elegidos, como en un Evangelio.

Eras la excepción.

En mitad de toda la mierda que me rodeaba, eras la  
excepción.

Eras hermoso, como si la Creación se detuviera  
ante mí.

Eras el único hijo y el único padre.

Empezaste a existir dentro de mí sin que tuvieras  
conocimiento de ello, como un feto,

inocente de la sombra sexual que rige el mundo.

Pero ya te derramabas sin cesar en la caverna de mis  
entrañas, hijo y padre.

Como si me hubiera visitado el ángel.

Y yo deslumbrada con tus preguntas.

Tus preguntas, tus preguntas.

¿Dios y el amor son la misma cosa?  
Te has hecho tantas veces esa pregunta,  
si Dios y el amor son la misma cosa.  
Llevas años haciéndote la misma pregunta.  
Tú te has hecho todas las preguntas antes que yo.  
Y ya nadie puede hacerse las mismas preguntas  
porque tú ya te has hecho todas las preguntas.

Pues bien,  
ahora yo soy la respuesta.  
Soy la respuesta a todas tus preguntas.  
Tú eres las preguntas y yo soy las respuestas.  
Soy el amor en toda su seriedad,  
en toda su divinidad,  
en todo su fervor.  
Y a ti te ha tocado representar la función salvadora y  
redentora del cristianismo  
absorbida por la relación de deseo entre un hombre y  
una mujer.  
Tú eres el Gran Amante y yo La Reina del Calvario.

En el fondo, te amo desde que era una niña.  
Cuando era muy pequeña quería casarme con  
Jesucristo,  
hablaba constantemente con Él.  
¿Por qué he nacido?, le preguntaba. ¿Por qué he  
nacido?  
Tenía unos cinco años cuando le hice esa pregunta.  
Dormía con un crucifijo,

lo chupaba, lo frotaba contra mi vientre,  
besaba la boca diminuta del Señor.  
Creo que tuve orgasmos desde los tres años,  
empecé a masturbarme con los barrotos de la cuna,  
y después con el crucifijo.  
Lo recuerdo con una claridad total, Jesucristo era mi  
prometido.  
De la infancia, todos los recuerdos tienen que ver con  
Dios y con el sexo.  
Estaba absolutamente unido.  
Iba contra los gálatas.  
El deseo de la carne era el deseo del espíritu.  
Y el deseo del espíritu era el deseo de la carne.

¿Te acuerdas del día que me dijiste «no me toques»?  
Habías estado inconsciente durante tres noches  
seguidas  
soportando unas fiebres terribles.  
No me separé de tu lado.  
Y cuando despertaste me dijiste «no me toques».

Desde aquel día me he convertido en una verdadera  
radical.  
El deseo del espíritu es el deseo de espíritu.  
Ha desaparecido por completo el impulso sexual.  
La imposición se ha transformado en condición.  
Ahora me entrego a la virtud con la misma exaltación  
que otras mujeres a la lujuria.  
Ahora soy como las ciervas blancas de Julio César.

Las ciervas llevaban un collar de plata alrededor del  
cuello donde podía leerse:

«No me toques, porque soy del César».

Ahora mi cuerpo no es para la fornicación sino para  
tu espíritu.

Tu espíritu es la obligación de mi carne.

Tu espíritu es la mutilación de mi carne.

Tu espíritu es la mortaja de mi carne.

Porque la castidad nace del propio deseo.

Meto el pan en mi boca como si comulgara,  
estoy colgada del techo por hilos de incienso,  
y del mismo modo que tragué el pan, lo vomito,  
y así maldigo la vanidad del mundo.

Soy una pieza de carne sin agujeros,  
sin vaciado posible,

por eso, para penetrarme deberías herirme,  
deberías perforarme porque no hay manera de entrar  
en mí,

todo está cerrado,

no hay conducto,

no hay camino,

sólo podrías follarme si antes me hicieras un agujero,

un coño, un culo, una boca,

y luego te hundieras en esa herida,

sangrante y caliente, y me follaras

y me follaras y me follaras,

sólo así gritaría al fin

un grito de verdad,

sólo así me sentiría completamente real.